

JOSÉ CASTÉN ZULUETA

PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PROPIEDADES EXCEDENTES

Un Análisis De Su Carácter

Por RAFAEL C. LONDRES

El hombre es producto de impulsos. El honorable José C. Zulueta, hoy presidente de la Comisión de Propiedades Excedentes, no es una excepción. Si algún funcionario o servidor público puede alegar haber constantemente laborado por el mejor interés de su pueblo y de su patria, ciertamente que el Comisionado Zulueta podría hacerlo. Esta opinión, sin embargo, no la comparten los censuradores quienes creen tener motivos para criticar irrazonablemente su actuación como funcionario público y como Secretario de categoría en el Gabinete de la República de Filipinas. Verdad es que nadie es perfecto. De ahí que cualquier individuo puede ser blanco de críticas, justas e injustas.

En su juventud, Zulueta no se distinguió por una brillantez mental extraordinaria. Sin embargo, en los comienzos de su virilidad demostró entusiasmo por todo lo que es valor y patriotismo, cualidad que ha mantenido hasta sus años maduros. De su padre aprendió mucho de ese anhelo de disciplina, experiencia y espíritu luchador, que tanto le ha servido en su larga, varia y animada carrera política. En su amante esposa, doña Soledad Ramos, halla inspiración para ser tolerante, justo, amable y condescendiente con sus semejantes. Puede que haya aprendido y se haya inspirado en otras fuentes, pero ciertamente que a la educación fundamental cristiana que recibió de su amorosa madre y el aliento que recibe de su virtuosa esposa debe esa humana condescendencia que preside su trato con los demás. Esta cualidad la ha manifestado ampliamente en la forma como ha tratado la cuestión de los

disidentes del país y como se conduce con sus adversarios en la política, es el motivo de la gran popularidad de que disfruta entre sus muchísimos admiradores.

José C. Zulueta ha sido miembro de la Cámara de Representantes, *Speaker* Protémpore de la misma, luego *Speaker* y Secretario del Interior, tanto en el Gabinete del difunto Presidente Roxas como en el del Presidente Quirino. Lo ha sido en reconocimiento de su talento, su capacidad, su valor, su espíritu de caudillo y su estadismo. Como legislador y funcionario ejecutivo ha merecido en todo tiempo los elogios de todos los Presidentes. Su aportación a la filosofía y el pensamiento político orientales, están en sus cartas sobre la Democracia Cristiana, que han merecido el reconocimiento del exterior, hasta el punto de que su nombre se incluya en la autorizada obra que se publica en los Estados Unidos, la "World Biographical Encyclopedia", en cuya sección "Who is Who in World Government" se le nombra. Dicha obra contiene los nombres de los pensadores políticos, famosos en todo el mundo, y que se han distinguido en las varias esferas de las empresas humanitarias.

El Honorable Zulueta, en su ya muchos años de vida pública desinteresada, ha llegado a ser una figura nacional, como hábil líder político, con una personalidad dinámica y atrayente y un carácter audaz y valiente. Hasta el presente nadie ha podido derrocarle del corazón de sus admiradores y amigos. Ha servido firmemente los mejores intereses y el bienestar del pueblo filipino, que el nombre

de "Don Pepe" está honda y cariñosamente grabado en los corazones agradecidos.

Cuando era jefe titular de los gobiernos provinciales y municipales, se relacionaba directa e íntimamente con los problemas diarios de su pueblo, los cuales estudiaba y resolvía con profundo interés y cuidado, sin pasión, sin prejuicios, con la debida consideración a todos sus compatriotas.

Al afrontar las diversas situaciones políticas, le gusta emplear tácticas de flanco, como las menos peligrosas y costosas. Considera y resuelve tales problemas manteniéndose firme en el principio cristiano de amor, justicia y autoridad moral, como norma de su conducta. Es un hombre cuya inmaculada integridad como servidor del pueblo, cuya devoción a la honradez, al deber, a la verdad, y cuyo amor a la patria y al servicio público constituyen un noble modelo que deben seguir todos los funcionarios del Estado.

José C. Zulueta es muy democrático en su manera de ser, analítico en sus opiniones, extremadamente cauto y prudente en sus juicios, especialmente cuando los periodistas tratan de hacerle hablar sobre importantes problemas nacionales. Posee una habilidad mental para tratar a las personas y las situaciones difíciles. Su manera de pensar es ingeniosa, profunda, segura y sincera. Es muy celoso de su reputación personal. Se viste con elegante pulcritud, obra metódicamente, con gran confianza en sí mismo, firme en su fe. El Honorable Zulueta tiene metidos en sus mangas como suele decirse, sus planes políticos que solamente

(Pasa a la pag. 18)

EL CAMAFEO...

(Viene de la pag. 15)

como las que pasé en la travesía del Gran Chaco, la vasta y salvaje región de las estepas que hoy se disputan encarnizadamente dos pueblos hermanos: Bolivia y Paraguay. Todavía recuerdo el viaje con horror. Me mordió una serpiente venenosa, de resultados de lo lo cual cogí una fiebre tan maligna que era impotente contra ella la abundante quinina del país. Para colmo de mis desdichas, al mejorarse un poco, los indios salvajes del interior asaltaron mi campamento, mataron a mis guías, y tras de robarme el equipaje, me dejaron abandonado y sin armas en medio de los inmensos bosques del Chaco boreal. Figuro a mi situación, sin nada con que defenderme del posible ataque de las fieras, sin vendas ni medicinas con que curar mis heridas, llegó un momento en que sentí deseos de hallar la muerte como fin de tantas calamidades.

La guerra estaba declarada entre el camafeo y yo; porque la extraña joya parecía tener alma, un negro espíritu que me odiaba. Pero yo, aunque me costase la vida, habría de ser el más fuerte. Presentía que desembarazándome del amuleto mis desgracias cesarían; mas esto, nunca, antes todo. Tomé con furia el camafeo en mi mano derecha, y gocé de rara manera al considerarlo que era mi esclavo, que no podía huir de mi poder. Luchaba con él hasta exhalar el último suspiro.

La alta fiebre que mis heridas producían exaltaba mi mente dolorida y estaba orgulloso de haber emprendido tal guerra sin cuartel contra la superstición.

Después de días y días de errar por las selvas del Gran Chaco, llevando una existencia digna de relatarse con la pluma del Dante, pude llegar a La Paz, meta de mi itinerario. Respiré triunfalmente, mirando en desafío al raro camafeo.

Habíale vencido y todo, de nuevo, comenzaba a sonreírme.

Empecé a recorrer la capital de Bolivia y sus hermosos alrededores; hice visitas y asistí a fiestas. En una de ellas, dada en el Casino Español, conocí a Carmen Vega, hermosa muchacha, hija de un compatriota nuestro que explotaba grandes industrias en La Paz. No tengo que hacer elogios de ella, lleva mi nombre, es mi esposa y vosotros la conocéis. Nuestras nupcias se celebraron alegremente en una espléndida villa de recreo que mi suegro poseía a varios kilómetros de la capital.

Al otro día, el suntuoso chalet fué pasto de las llamas, sin que hayamos podido averiguar aún las causas del extraño incendio. Mi mujer y yo nos salvamos de milagro y Carmen, que siempre gozó y goza de una salud perfecta, cayó súbitamente enferma, estando a dos pasos de la muerte.

Avisamos a varios médicos famosos, entre ellos al Dr. Arjona, español, con residencia en La Paz desde hacía unos diez años, hombre célebre por su saber; pero siempre triste, como si el pulpo de una honda preocupación le tuviera oprimido el espíritu. Los esfuerzos de la ciencia resultaban estériles y mi desesperación crecía al ver a Carmen morir lentamente. ¿Sería el camafeo de la gitana la causa de su muerte? ¿Cómo oí la maldita joya en el silencio de largas noches!

Pero un día no pude más, no tenía fuerzas ni valor para seguir luchando, y llamando aparte al Sr. Arjona le conté la extraña historia, al terminar la cual el médico célebre estaba pálido como un difunto.

—¡El camafeo maldito! —murmuró siniestramente. ¿Dónde está? ¡Yo lo reconoceré si es él!

—Aquí lo tenéis—le dije, mostrándoselo.

—¡El mismo! Tiene ahí grabada una inicial y una corona: el apelli-

do de mi madre, el emblema de los Vélez. Mi pobre mamá fué asesinada y robada por unos gitanos cuya pista fué imposible hallar. Los asesinos se llevaron también el camafeo.

—No me atrevo a devolvérselo, ya que su posesión implica la aduersidad...

—¡Démelo! —me dijo bramando de ira. Es preciso destruirlo como se aniquila una bestia inmundada y feroz.

Instantes después se dirigió a una fragua y, a martillazos, lo mandó destrozar.

—Reid, si queréis—terminó Luis Torres; pero Carmen mejoró rápidamente y yo salí bien de todas mis empresas.

El retorno a España ha sido un encanto, el mar estaba como una balsa de aceite y, después de la desaparición del camafeo maldito que me vendió en Toledo la gitana vieja de los ojos negros, no he vuelto a sufrir el menor dolor ni a acacharme el más leve peligro...

Al fondo de la Gran Vía la mole imponente de la Telefónica llenaba el bulevar de cemento y de ventanetas.

JOSÉ CASTEN...

(Viene de la pag. 11)

pocos de sus íntimos sostenedores y amigos conocen.

En resumen, la vida de José Castén Zulueta, como ciudadano particular lo mismo que como servidor público, es como una casa de cristal visible a todos y por todos lados, de manera que cualquiera puede ver el interior de ese gran edificio—ese noble templo espiritual, no manchado por la codicia, ni por el odio, ni por el dinero ni por el ansia de poder.

Eso es, en fin, el Honorable José C. Zulueta que, según el parecer del finado Presidente Manuel Acuña Roxas: Es un hábil caudillo, patriota sincero y celoso."